

CHARLA

—Vaya, ya viene mi marido otra vez con unos morros de a cuarta. ¿Qué te ha pasado, hombre, que te ha pasado?

—¡Centellas!

—Jesús, María y José, qué furores...

—Mira, Rosalía, no me alteres la sangre y ponme la cena, aunque sea veneno para reventar de una vez.

—Nada, lo dicho, que de algun tiempo a esta parte estás, pero del todo intratable.

—Ponme la cena y calla.

—¡Ponme la cena! Y sabes tú si tengo con qué ponertela? ¡con los cuartos que me das a la semana!

—Te doy lo que me parece.

—Pues, hijo, ni los panes ni las patatas ni la carne bajan del cielo como el maná; todo ello pide a cambio dinero y hoy más que ayer y mañana más que hoy y tú siempre me das igual o no me lo das, y por lo mismo tengo que ir menguándote la ración aunque bien sé que por ello no te morirás de hambre que buenas comilonas tienes en el chigre con los amigos. ¿Crees que no lo sé?

—Hago de mi dinero lo que me dá la gana, vuelvo a repetirte y no me calientes más los cascotes que bastantes alborotados los traigo ya.

—Es que al casarte te creaste obligaciones de familia que no puedes desatender. Te debes a tu mujer y a tus hijos que algunas noches se echan en la cama sin apenas comer, en tanto que tú vienes reventando de bebida y no sé de qué más. Ya que me buscas la lengua ahí te va eso, hijo.

—Me parece que hoy va a haber bronca.

—Si tú fueras como debieras ser no le habría.

—Si sigues tan pesada soy capaz de marcharme sin cenar...

—Por otro lado lo tendrás preparado. Jesús qué a gusto está una casa sin hombres como este.

—Puede que no hables así dentro de poco.

—¿Por qué? ¿Piensas dejarnos de a hecho?

—Estoy aburrido de la vida...

—De la vida que llevas no me extraña. Vuelve a ser lo de antes y verás cómo no te aburres. Maldita sea la hora en que empezaste a leer esos papuluchos, en que te metiste en esas sociedades y en que te echaste esos amigotes borrachos y levantiscos que no tiene el diablo por donde desecharlos.

—¿Lloras?... Bueno, es natural, después de una tronada suele venir agua.

—Perdiste la conciencia y ya te causa risa lo que debiera ser para tí motivo de vergüenza y confusión.

—La conciencia era verde y comióla un burro.

—Pensamientos de chigre.

—Me das la cena o no?

—No tengo que darte, ya te lo dije. Yo debiendo los ojos de la cara y tú malgastándolo por ahí. Si no tienes compasión de mí tenla al menos de tus hijos. Míralos ahí durmiendo, sin haber

comido más que un pedazo de pan que les dió la vecina. ¡Hijos de mi alma!

—Otra lluvia torrencial! Cuando digo yo...

—Mira, Manolo, quédate todas las semanas para tus gastos con dos duros si quieres y dame lo demás del jornal que ganas. Yo te prometo que entonces no habrá estrecheces ni lágrimas.

—¿Darte lo demás del jornal? ¿Y cuanto crees tu que es eso?

—¿Quieres que te lo diga?

—Dímelo.

—Tu me dices que ganas al día cinco pesetas y yo sé que ganas once. Si fueses buen padre de familia con ese jornalito no lo pasaríamos tan mal. Siete pesetas y media gana el marido de mi vecina y ya ves, parecen unos burgueses y nosotros unos miserables andrajosos que hasta este miserable cuartucho en que vivimos estamos debiendo al amo.

—A los amos hay que lincharlos. Son unos tiranos... unos abusones... unos ambiciosos...

—Eso os lo enseñan en la sociedad ¿verdad? Pues si todos son como tú, podeis hablar.

—No me toques a la sociedad y no me toques a la sociedad. Ella es la defensora de nuestros intereses.

—Buenos os han puesto. Contempla el cambio que ella hizo en tí y la felicidad que ha traído a tu casa y luego atrévete a hablar.

—Ella ha conseguido que nos subieran los jornales esos patronos avarientos.

—Y ella os ha lanzado a huelgas que han hundido la mar de hogares. Si con una mano os largó un duro y con la otra os quitó veinte, valiente modo de mirar por vosotros. Lo que pasa en esas sociedades es que cuatro zániganos están viviendo muy ricamente a costa de cientos de calzonazos como vosotros.

—¿Nosotros calzonazos? No me busques las pulgas que las tengo malas, ya lo sabes.

—Aquí sí, muy valientes! Allí en la sociedad callados como borregos. Ah, si fueseis hombres de pelo en pecho no pasarían las cosas que pasan.

—Por centésima vez, ¿me das la cena?

—Si la tuviera habrían cenado mis hijos y ya te dije que no han cenado nada los pobrecillos y con un padre que gana once pesetas diarias y que pertenece a una sociedad que vela por sus intereses morales y materiales... ¡Ja, ja, ja!

—Antes llorabas ahora ríes; bueno, me marchó.

—Si quisiera buscarte ya se en dónde, pero descuida, yo en esos sitios no acostumbro a entrar.

—Ni falta que hace. Tu vete a la iglesia donde van las mujeres.

—La Iglesia no tiraniza a nadie ni obliga a nadie a que se la visite, como os obligan a vosotros esas sociedades de demonios que dicen que sois libres.

—Adios, lengua larga.

—Si has de seguir dando malos ejemplos a tus hijos preferible es que te quedes por allá.

—Bueno... ya veremos lo que acuerda la sociedad.

La Voz de la mentira

SONETO

Yo soy el redentor del pueblo obrero,
Miserable esclavo y siervo del tirano,
Que a sí mismo se llama soberano
Porque atesora a espaldas el dinero:

Romper del pueblo las cadenas quiero,
Hacer mas llevadero y mas humano
Su trabajo, trocarle en ciudadano
Y lograr que no sea pordiosero.

El rico ha sido el amo hasta el presente,
Desde ahora lo será el proletariado,
Unico productor noble, consciente,
Y por lo mismo el ser mas desgraciado.

¡Y el pueblo crédulo se lleva mico
Viendo a su redentor hacerse rico!

Francisco Albiñana.

Suscriptores carísimos, procurad cumplir como buenos abonando con puntualidad el importe de vuestras suscripciones.

Por Don Juan de Dios Z. Aniza.

Visión de los sueños de Alvarado

(CONCLUSIÓN)

¡Oh, Dios mío! ¡Cuánta grandeza en aquel cuadro! Cien majestuosas figuras de distintas naciones y épocas descendían por la escala sosteniendo áureos libros, y luego otros y otros, que colocaban los libros en el plato de la Divina Justicia, poniendo encima de todos la «Summa». Súbito, un relámpago cegador me hizo bajar los ojos; pero ví aparecer cuatro querubines, los más bellos, sosteniendo dos libros luminosos, Ley de Moisés y Evangelio, que colocaron encima de la «Summa». Sobre ellos, vi descender otro algo más excelso, al Divino Paráclito, al glorificador de las almas, a la única fuente de sabiduría. ¿Todo aquel peso abrumador, había de gravitar sobre el plato contrario al en que se hallaban enclavadas mis obras buenas? Y ví pasmado, que al posar apenas los libros santos sobre la «Summa», la balanza y el fiel del peso comenzaban a oscilar. Aterrado, muriente de pavor, hundí mi rostro en el suelo: creíme perdido y exclamé en un inmenso sollozo: ¡Perdón! ¡misericordia!; y creí que los ojos del ángel del remordimiento me miraban agrandados, ceñudos hasta la fiereza. Y entonces, presa de terror pánico, imantados mis ojos por la atracción, levanté mi frente, miré casi enloquecido de pavor el peso de la infinita Justicia... y... ¡oh, incomprensible maravilla! todo había terminado, todo había desaparecido. No; todo no. Ante mi vista absorta, leí lleno de estupefacción, escritas en caracteres de estrellas que destacaban sobre una banda de luz purpúrea, cuyos extremos sostenían dos graciosos Espíritus, que con amor me miraban, estas insólitas palabras: «Yo no padecí sólo por los Belemitas. Yo no sufrí muerte y pasión solamente por los Nazarenos y Galileos. Mi sacrificio fué por la humanidad entera. El Jordán de mi sangre bautizó las cabezas de todos los hombres.»

Leídas estas frases, que me parecieron

pronunciadas por los mismos labios de Cristo, una profunda oscuridad me envolvió.

Esta es, pensé desfavorido, la sentencia de mi condenación eterna. Y probé la sensación de que bajaba vertiginosamente, como si cayera desde el planeta más alto de la Creación al mar profundo de los abismos. Un terror inmenso, avasallador, se apoderó de mí; y destrozado ya mi espíritu por tan tremendas impresiones, abrí los ojos, y... desperté de nuevo a la vida humana, encontrándome de rodillas y temblando sobre mi lecho. Miré en torno mío, y al verme a salvo, al contemplar el Crucifijo de mi cabecera, un inmenso suspiro de satisfacción sollozante se escapó de mi pecho, y de mis ojos fluyeron lágrimas de intensa gratitud al Crucificado.

El billete de la lotería

Pedro era un pobre de cuenta y un ricacho de cuentas. No obstante ello, se dedicaba a soñar con millones, y amargando más su situación triste, empeñábase en conseguirlos, no precisamente por medio del trabajo, sino por medio de la suerte, en forma de lotería, a la que iban a parar los escasos centavos que ganaba.

Navidad se acercaba y Pedro compró en sociedad un billete del millón. Sin embargo, tuvo la desdicha de dar con sus huesos en la tumba antes de la anhelada fecha.

Transcurrieron algunos días, y al siguiente día de la jugada se presentó el billete a la familia del difunto con la estupenda nueva de que habían sacado la grande.

Pasado el susto de los primeros momentos, creyóse que el portador de la noticia debía estar cuando menos loco, pues no pensaron nunca en adquirirlo y Pedro no les había dicho palabra sobre el billete; pero tanta fué su insistencia, que, convencidos de que así debía ser, largáronse en su busca revolviendo cielo y tierra.

Inútil: no se encontró en ninguna parte.

Dábanse los deudos a la desesperación, cuando alguien suministró un dato importantísimo. Pedro había sido enterrado con el mismo traje que vistiera el día de comprarlo.

Sin esperar segundo, toda la familia, encabezada por el billeteo, a quien guiaba el interés de una retribución por las albricias, se largó en tropel hacia el campo santo donde descansaba el cadáver y donde también debía estar el codiciado número.

En un abrir y cerrar de ojos se echó a un lado la tierra y sonó un grito triunfal:

—¡El cajón!

Los corazones latían nerviosamente.

Abriéronlo... y una exclamación de sorpresa, de angustia, de rabia, se escapó de aquellos pechos: ¡Pedro había sido despojado de sus ropas!

Furiosos lanzáronse entonces sobre el sepulturero, quien, al verlos venir, echóse a sus pies implorando piedad, pues era un negocio que hacía para no morir de hambre.

—¡El traje, el traje!—gritaron amenazándole.

¡Ah, señores!... ¡lo vendí a un comerciante en ropas usadas, que en este momento debe ir pasando la frontera!...

El contratiempo hizoles brincar de rabia. ¡El número se les escapaba de entre sus manos!

Sin embargo, estaban decididos a revolverlo todo hasta dar con él.

Quince días duró la persecución, y eso que faltaba aún identificar al poseedor de la prenda... La cosa no era tan difícil como parecía: de los treinta y tantos millones que tenía Italia alguno debía ser...

Y obrando sobre este dato seguro nadie quedó libre de su registro.

Resentidos del zangoloteo del caballo—este era el medio de locomoción—habíanse detenido a descansar, cuando he aquí que la fortuna dióles en toparse con un hombre cargado de maletas.

¡Resultó ser el mismo!

Una exclamación de alegría brotó de todos los pechos y abalanzáronse sobre el infeliz, revolviéndoselas en un santiamén; a lo que intervino éste encocado, repartiendo blasfemias y jurando venganza.

—¿Qué buscan ustedes?—exclamó furioso.

—¡El traje de Pedro!

El comerciante soltó una carcajada.

—¡Me lo han robado!

Una tempestad de maldiciones sonó entre la pandilla de los deudos.

¿Cómo se las arreglarán ahora para dar con los bandidos?

La nueva dificultad estuvo a punto de hacerles renunciar de su propósito. La tarea creída fácil en un principio resultaba imposible.

Requeridos algunos datos, no obtuvieron más que conjeturas, y ¡cosa rara! aplacado su furor con el enorme peso de esta nueva dificultad, olvidáronse de propinarle al mercachifle la paliza de práctica...

Puestos en marcha, y después de otros diez días de traqueteo, acamparon en un caserío derruido, donde pensaban pasar la noche.

Lo largo del viaje, la lucha moral sostenida contra la adversidad, eran cosas que debían haber fatigado el ánimo de los deudos, los que, sin más ni más, quedáronse profundamente dormidos.

Transcurrió la noche envuelta en misterio, sin otro rumor que el graznido de las lechuzas errantes; pero con el canto último del gallo percibiéronse voces humanas apagadas, algo así como un secreteo.

Cesaron éstas y viéronse cruzar dos sombras por frente del caserío, envueltas en el mismo misterio.

Después... sintióse rumor de lucha, alaridos y voces incomprensibles. Dos, cuatro, seis sombras más surgieron y se oyó un grito:

—¡Ladrones!

El amanecer del día alumbró a dos bandidos fuertemente amarrados.

Alguien tuvo la idea de que debían ser los que buscaban y, ¡oh fortuna! ellos eran.

Entregábanse a escenas de júbilo, cuando vino a empañarse su contento. ¡El traje había sido vendido a una casa de compraventa!

Y pasaron del alegrón al desengaño y la rabia de costumbre, viendo escapárseles el billete por vez centésima.

Para llegar allí debían desandar mucho camino. Hiciéronlo entre rezongos y maldiciones, que cambiaron más tarde en confianza, calma y satisfacción: ¡todo había de compensarlo el número!

Halagábales el nuevo indicio que era un paso más.

La casucha fué tomada como por asalto y revuelta en un abrir y cerrar de ojos. Alarmado el comerciante, salió en defensa de sus intereses, lo que provocó un batifondo fenomenal.

Traídos a reflexión los deudos, las cosas se arreglaron de mejor manera. Pero cuando, anhelosos éstos, esperaban la aparición del traje, el cambalachero, que lo había estado buscando un buen par de horas, díjoles en tono triste:

—No está. Creo que lo vendí a un joven, quien debe estrenarlo en estos momentos en un baile...

Y les dió las señas.

Dos o tres nuevos rezongos de los más impacientes, apretones de mano y ¡en marcha hacia allá! donde el inocente debía lucirlo muy ancho, sin maliciar siquiera su proveniencia *difuntil*... ¡Ah, y sobre todo lo del billetito!

Y aquí sonaba una carcajada de hilaridad interminable. ¡Cómo se reirían de la cara que pusiese, al ver sacar nada menos que un millón del bolsillo de su chaleco!...

¡Estaban en posesión de un dato seguro, verdadero, inequívoco!

Cuando llegaron, el baile estaba en lo mejor y el de la luciente prenda danzaba diestramente una de las piezas de estilo. Como blanco de las miradas, al pasar sonreía a todos con aire benévolo, siendo más de una la doncella derretida por aquel zagal arrogante.

Fué cosa de un segundo el abalanzarse sobre él y quitarle el número premiado.

La súbita entrada de la pandilla impresionó vivamente.

—¿Qué pasa?...

No acertó a decir más el asombrado joven.

Explicáronle las cosas y se descubrió *lo del traje*, que provocó un alejamiento instantáneo y general de su lado, hasta que el billete, obrando en las manos nerviosas de uno de los deudos, atrajo la atención de los que allí estaban.

¡Era la mitad del número!

La otra debía tenerla el feliz en cuya sociedad se adquirió.

La grande había caído en el 14.851, y las dos primeras cifras de esta mitad del billete coincidían, hallándose alguna dificultad en precisar la tercera, por aparecer sólo un pedazo de la parte superior, la que podía ser un 8 y podía también ser un 3.

Ya no faltaba, pues, más que encontrar al otro socio.

Quince días de revolver todo lo re-

volvible costó esta última parte de la pesquía.

¡Era el momento de compensar en forma todas sus fatigas, sus preocupaciones de tanto tiempo, el trabajo y las mil peripecias por que tuvieron que atravesar!

Al verle venir, todos los deudos corrieron hacia él y una gritería inmensa se alzó de entre ellos:

—¡Al fin, al fin, al fin!...

Uniéronse las dos mitades del número y...

¡NO ERA EL PREMIADO!...

Julio Martínez Gálvez.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. J. A.—P. de Mallorca.—Pagó 1919.
Sr. S. del M. de Ciempozuelos.—Id. 1920.

DONATIVOS

D.^a M. de la A., Viuda de S.—Gijón, 10 ptas.

Imp. LA RECONQUISTA.—Gijón.



II ANIVERSARIO

ROGAD A DIOS EN CARIDAD POR EL ALMA DE

D. Angel Suárez Solar y González

que falleció en su casa de la Guía (Somió) el día 25 de Diciembre de 1918
habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica

R. I. P. A.

Su apenada viuda doña María de los Angeles de Bédia; hijos doña María de los Angeles, don Alvaro y doña Elena,

Suplican encarecidamente a sus amistades y personas piadosas, se dignen asistir a las misas que por el eterno descanso del alma de dicho señor, se celebrarán el sábado 25, en la parroquial de San Lorenzo, en la iglesia de las MM. Agustinas y la de doce en San Pedro.

Los Emms. Cardenales Primado y de Santiago y el Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis han concedido indulgencias en la forma acostumbrada.

TEJIDOS EN GENERAL ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

JOVEN instruido, activo e inteligente, con módicas pretensiones, se ofrece para administrar bienes, en esta localidad. Presentará todas las garantías que se exijan.
En esta Administración informarán.

La Rusquella

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato.
San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.
Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Fotografía VILLANUEVA

LA MAS CÓMODA Y ECONOMICA

C. Corrida, 62, bajo :: GIJÓN.

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica.
Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.

San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID
AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: :: :: :: :: :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes :: ::

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

ACEBAL, RATO Y COMP.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca. Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.
Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C. Teléfono, 312.

FUNERARIA DE HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)
Harinas superiores :: Chocolates exquisitos
:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

C.

Doctor Calisto de Rato y Rocas

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES

:: :: DEL SISTEMA NERVIOSO :: ::

Cuarenta y tres años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 63. GIJÓN.

Imp. LA RECONQUISTA.—Gijón.